

CENTRO DE ESPIRITUALIDAD PALOTINA

RETIRO SEMANA SANTA

9 de abril de 2022

TIEMPOS DIFÍCILES, TIEMPOS DE MISERICORDIA Y COMPASIÓN

P. Rodolfo Pedro Capalozza, SAC

Venimos de un tiempo de pandemia y aislamiento social, en el que hemos experimentado el miedo, la soledad, la experiencia de lo imprevisible, de lo no controlado, el dolor de las pérdidas.

No terminamos de salir de esta situación y la invasión a Ucrania, con el dolor de la guerra, puso nuevamente nuestras vidas ante lo imprevisible. No solo experimentamos el dolor de nuestros hermanos que viven en esas tierras, sino que también vivimos la amenaza de un conflicto mundial que nos volvió a sumir en lo incontrolable y amenazante, en lo que nos supera.

La violencia cotidiana, en sus múltiples expresiones, más lo crítico de la situación política económica, unida al aumento de la pobreza y la pérdida de confianza en muchos de nuestros referentes dirigenciales, aumenta en nosotros esa fuerte sensación de inseguridad y peligro.

Junto a esto, vivimos otras situaciones cotidianas que nos exigen continua respuesta, propios de toda vida y de toda familia.

A la vez contemplamos signos, gestos, actitudes de amor a la vida, de entrega, de vínculos que llenan de sentido nuestra existencia. Mucha gente vive en el bien, en la comunión y en la solidaridad. Dios no deja de regalarnos signos de su amor en las circunstancias y personas que nos rodean.

Pienso en los que durante el Covid cuidaron de sus hermanos. Pienso en las familias y persona que tienden una mano a los refugiados. Pienso en la solidaridad entre los que sufren. Cuánta paz y gozo brotan de la compasión en los tiempos difíciles.

Tres características marcan fuertemente nuestro tiempo: la incertidumbre, la ausencia de la verdad, la exaltación de la subjetividad.

Hoy hablamos de un tiempo de posverdad. Los criterios que guían nuestro actuar son la eficiencia, las soluciones pragmáticas, lo que conviene. No lo que es justo y verdadero. No son los valores los que suelen orientar la conducta humana.

Nuestra cultura actual se caracteriza, también, por una fuerte exaltación de la subjetividad. Nuestras decisiones y opciones giran en torno a lo que me gusta, lo que me hace sentir bien, divorciado, algunas veces, de lo que en verdad me hace bien. Vivimos lo que muchos llaman la sociedad paliativa o la sociedad del “like”, de lo que me gusta.

Ante las incertezas de la vida, la negación de la verdad como criterio de conducta y la exaltación de la subjetividad, somos invitados a volver con más fuerza a la centralidad de Jesucristo en nuestras vidas.

En esta realidad que vivimos, en esta semana santa, el Señor quiere hacerse presente con más fuerza en nosotros para actualizar, en cada uno, el misterio pascual.

Es este misterio pascual el que nos conduce por sendas de paz y de libertad.

Volver a Jesucristo, significa hacer de la Pascua la clave dinamizadora de nuestra vida.

¿Qué significa vivir en dimensión pascual? ¿Qué significa pasar cada día de la muerte a la vida?

En primer lugar, volver con más intensidad a la experiencia del amor misericordioso de Dios. Ante lo incierto de la vida, tenemos la certeza absoluta del amor del Padre, manifestado en Cristo Jesús.

Pascua es la gran manifestación del amor de Dios a la humanidad. El Padre envía a su único Hijo, al amado por excelencia, todo el Padre es para el Hijo. Lo envía al mundo por amor a la humanidad, a cada uno de nosotros. Sabe que su hijo va a tener que asumir la carne dolorosa de la humanidad hasta la misma experiencia de la muerte. Pero no nos puede ver sumidos en el error, en la mentira, en la tristeza del pecado, en las sombras de muerte. No nos quiere privar de la participación eterna en el banquete celestial. Permite que su Hijo asuma nuestra carne de pecado, nuestra carne mortal, para liberarnos del pecado y de la muerte, de todo lo que nos quita la auténtica alegría. La Resurrección es el triunfo sobre el mal, sobre lo que no nos permite vivir el gozo del auténtico amor. Resucitar significa vencer en Cristo la muerte para vivir para siempre junto al Señor.

Pascua es la manifestación del amor eterno de Jesucristo. Él entrega libremente su vida por amor a cada uno de nosotros. *No hay amor más grande que dar la vida.* Quiere que vivamos en una carne vivificada por el Espíritu del amor. Quiere que vivamos para siempre con Él. Por eso, asume nuestra humanidad y la lleva a la muerte para que ella pueda participar para siempre de la Resurrección.

Jesucristo es la expresión de la misericordia en su más alto grado. Se compadece de aquellos que no tienen compasión por Él. Mira el pecado de la humanidad y no viene a condenar sino a redimir, a sacarnos del pecado para que podamos tener el mismo gozo que Él tiene.

Los tiempos difíciles son la oportunidad para volver a dejar que Dios sea Dios en nuestras vidas. Tiempos de volver a su amor para que en todo lo podamos amar.

Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor. Rm 8, 38-39

Es fundados en ese amor que somos invitados a vivir en la alegría de compasión con nuestros hermanos. Ante la exaltación del yo que nos intoxica, sumergiéndonos en nuestro egoísmo, el Señor nos llama a ser compasivos como Él es compasivo.

La compasión no se reduce a un sentimiento de lástima ante el dolor del otro. La compasión significa no dejar solo al otro en su pasión. Entender y contener su dolor y su alegría. Acompañarlo en ese dolor y alegrarnos con su felicidad. Es una actitud activa que implica apertura, escucha, entender al otro desde su realidad, desde lo que él siente. No hay compasión sin escucha empática. No es ponerse en el lugar del otro. Nadie tiene que quitarle el lugar a nadie. No es paternalismo o maternalismo. No es sobreprotección. No somos Dios para ser los salvadores de la humanidad. Dios es el único Salvador. Pero somos llamados a salir de nuestra indiferencia para acoger la vida de nuestros hermanos. Salir de la actitud condenatoria para preguntarnos cómo puedo ayudarlo a que se libere de aquello que no le permite realizar el sueño que Dios tuvo de él. Es compartir lo que recibí y lo que tengo, mis bienes materiales, mis talentos y capacidades, mis dones, mi tiempo, mi vida. Es tender una mano que transmita la calidez de la cercanía. No es simplemente dar sino mirar al otro a los ojos para decirle en la mirada que lo amamos, así como es. Dios nos ama, así como somos.

La compasión es no juzgar ni condenar, es devolver bien por mal, es bendecir a los que nos maldicen ¡Cuánta libertad y paz nos da esta actitud!

La compasión es recibir la vida como la vida viene y, desde ahí, amar y servir. Es cultivar la aceptación de lo diferente. El pensar y sentir diferente no significa que no podamos ser hermanos. La compasión es unir la sinceridad a la valoración de lo que el otro piensa y siente. Unir la convicción a la aceptación del que no la comparte. Es superar el pensamiento binario y aceptar la complejidad de las situaciones. Es buscar juntos. Decir sin ofender ni desvalorizar al otro. Escuchar con contención, aunque no comparta el pensamiento. Es ver lo que en el otro hay de verdad. Es no dejarse ganar por el enojo.

Es compasivo el que muere al orgullo, al miedo a ser criticado. El que vive la libertad de hacerlo todo por Dios, libre de cuidar imágenes.

Compasión es compromiso de vida con el bien de los que Dios pone en nuestro camino. Es descentramiento del yo, estando atentos a las necesidades de nuestros hermanos.

En Jesús, la compasión no es una característica más de su vida. Toda su vida es compasión. Dios es compasión. Nosotros somos imagen y semejanza de ese Dios compasión. Sólo convirtiendo cada día nuestra vida a la compasión seremos auténticamente felices y plenamente realizados como personas. Sólo desde ahí la vida y la muerte, el dolor y la alegría, la actividad y el descanso, tienen sentido.

Esta es la semilla de un mundo nuevo. Es la fuerza transformadora del mundo. La pequeña semilla del Reino que crece por la fuerza del Espíritu. Esta es la actitud que nos llena de paz y de gozo, aún en medio del dolor

Las personas que han pasado o pasan por fuertes sufrimientos y desde ese dolor aman a los demás, suelen ser personas con una serena alegría. El dolor puede producir dos reacciones en nosotros: o nos cierra en nuestro egoísmo, muchas veces cargado de resentimiento, o nos abre al dolor de los demás, nos solidariza. La cruz es siempre signo de contradicción. Encontramos en ella la salvación o la perdición.

Vivir la vida en dimensión pascual es contemplar a Jesucristo como la expresión de la absoluta libertad. Nada lo condiciona en su amor. Ni nuestra ingratitud, ni la traición, ni el abandono y la negación, ni la actitud de aquellos que le están quitando la vida y lo sumergen en el más atroz de los sufrimientos. Libre ante todo, da la vida por todos, incluso por aquellos que le están quitando la vida.

La experiencia de la misericordia de Dios y la compasión con nuestros hermanos nos hacen libres. A la vez, la libertad ante toda recompensa humana o búsqueda de un inmediato éxito nos lleva a madurar en la misericordia y la compasión.

Él es la Verdad que nos hace libres. Él es el Camino que nos saca de nuestro yoismo. Su amor es la certeza que nos permite vivir en las incertezas.

Son la misericordia de Dios y la compasión los caminos por los cuales nuestra vida se realiza plenamente. Los tiempos difíciles son tiempos de volver a lo esencial, a aquello sin lo cual la vida no tiene sentido. Es tiempo de despojarnos de lo superfluo, de lo que no es tan importante, de lo que no necesitamos. Son tiempo de vivir el gozo de la compasión. Son tiempos de volver a Jesucristo como la verdad que nos hace libres. Somos de la verdad cuando Jesucristo es el camino que recorreremos. Camino siempre de misericordia y compasión. Camino de Vida-

²⁷A ustedes que me escuchan yo les digo:

—Amen a sus enemigos, traten bien a los que los odian; ²⁸bendigan a los que los maldicen, recen por los que los injurian. ²⁹Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; ³⁰da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames.

³¹Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. ³²Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? También los pecadores aman a sus amigos. ³³Si hacen el bien a los que les hacen el bien, ¿qué mérito tienen? También los pecadores lo hacen. ³⁴Si prestan algo a los que les pueden retribuir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan para recobrar otro tanto.

³⁵Por el contrario amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio. Así será grande su recompensa y serán hijos del Altísimo, que es generoso con ingratos y malvados.

³⁶Sean compasivos como es compasivo el Padre de ustedes.

³⁷No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados. ³⁸Den y se les dará: recibirán una medida generosa, apretada, sacudida y rebosante. Porque con la medida que ustedes midan serán medidos.

Lc 6, 27-38